

—Pedirle que ponga en juego su influencia, á fin de obtener el indulto para mi tío.

—¡Cómo! ¿Quieres?...

—Tranquilizáos: no le diré que Luciano Leconte es vuestro hermano: le hablaré de un hombre que ha prestado grandes servicios á nuestra familia... Mi padre Luciano, ha deseado ocultar los lazos que nos unían, y yo respetaré su voluntad. Espero, pues, que habéis de complacer este deseo, haciendo venir á esa persona lo más pronto posible. Ahora, perdonad si os he interrumpido en vuestro sueño... que podéis continuar; me retiro.

Jorge no encontró una sola frase para detenerla; la calma, la frialdad de Susana, le dejaron yerto; comprendía que su hija lo sabía todo y le juzgaba, y mirando en el vacío con aire estúpido, repetía:

—¡Mi hermano condenado de nuevo! ¡Trescientos mil francos perdidos en dos noches... y Fatmah perdida también!

Sentóse de nuevo en el diván, y en breve, el cansancio, más fuerte que el remordimiento, volvió á cerrar sus párpados, mientras Susana, reuniéndose á Cesarina, le decía:

—Ahora, la partida es nuestra, ¡mi única amiga! Puedo contar con vos y con vuestro esposo, ¿no es verdad?

—Como una hija puede contar con sus padres.

—Pues es preciso no dejar solo á mi padre Luciano. Vuestro marido ha tenido ya el valor de vivir á su lado en Melun; ¡qué bueno sería vivir algún tiempo allí!

—Ya lo he pensado, —dijo simplemente Cesarina.

Susana corrió hacia ella, y estrechó sus manos con agradecimiento. Cesarina continuó:

—Ayer, en la previsión de lo que pudiera ocu-

rrir, mientras estábais encerrada con vuestro tío, tomé informes; el Contratista que ha reemplazado á mi marido, parece que no está contento, y no sería difícil que Cornelio le sucediera.

—Entonces es cosa hecha, ¿no es verdad? —dijo Susana abrazando á Cesarina.

—Sí, contadlo por hecho, —respondió la señora Petithomme.

## VIII

Mourad quedó sorprendido y lisongeadó, al saber que Susana de Bussine quería verle, y deseando encontrarse solo con la joven, se presentó á las seis de la tarde, hora en que sabía que Jorge no estaba en su casa; pero la señora Petithomme se encontraba al lado de Susana, y el moro, ignorante de las costumbres europeas, tuvo que renunciar á las dulzuras de una entrevista sólamente con ella.

Susana le recibió en una sala contigua á su dormitorio, y le dijo:

—Caballero, he sido muy indiscreta, sin duda, al distraeros de vuestras ocupaciones ó placeres; pero he contado con vuestra indulgencia y vuestra amabilidad. Se trata de pedir os un favor.

—Contadle ya hecho.

—Una persona, á quien he conocido siendo niña, y que ha mostrado siempre afecto á todos los míos, se ha visto hace algún tiempo encausada, aunque inocente, y condenada á una detención infamante; y os ruego, me ayudéis á pagar

una deuda de gratitud, empleando vuestra influencia para que le pongan en libertad.

—Mi influencia, señorita, mis relaciones, todo está á vuestra disposición: obtendremos lo que deseáis.

—No os será tan fácil, porque váis á tropezar con grandes obstáculos; no os lo debo ocultar.

—Creo que no se trate más que de acercarse al Ministro de Justicia, y obtener su firma.

—Es verdad, —dijo Susana sonriendo;— pero las cosas no pasan tan fácilmente en Francia como en Túnez: nuestros Ministros no tienen un poder absoluto; tienen que obedecer á reglas y costumbres sancionadas por el tiempo.

—¡ Ah! es verdad. Si me hubieráis pedido ese favor cuando yo era ministro, hubiera abierto por vos todas las prisiones del país.

Susana, acostumbrada por su larga estancia en Africa, al estilo enfático de los árabes, ni siquiera se fijó en lo exagerado del cumplimiento, y prosiguiendo su idea, añadió:

—No es por desanimaros, por lo que os hablo de dificultades, sino para prepararos á la lucha, en que deseo salgáis victoriosos.

—Creed que nada descuidaré y prepararé mis mejores armas; pero dadme algunos detalles de vuestro protegido.

—Tengo escrita una nota, que voy á traer.

Mientras se alejaba, la seguía con la vista, y admiraba la elegancia de su talle, los contornos de su busto, como había contemplado con delicia sus ojos espresivos, su cabello rubio, sus labios de coral, con que soñaba sin cesar.

—Perdonad, —dijo Susana, —si os he hecho esperar; pero había guardado tanto mi nota, que no la encontraba. —Y presentando un papel, dijo:—Estas líneas, escritas por mí, os darán todas las indicaciones necesarias sobre la persona

que os recomiendo: ya sabéis, señor, que mi agradecimiento será de los más vivos, si conseguís lo que deseo.

—Intentaré hasta lo imposible, —dijo levantándose para salir.

A una señal de Susana, la señora Petithomme acompañó á Mourad hasta la puerta.

Iba á subir á su coche, cuando un carruaje de alquiler se detuvo á la puerta; pensando que Jorge volvería, se adelantó para saludarle, pero se encontró enfrente de un joven de veinticinco años, al que creyó reconocer. Saludáronse ambos, y mientras el uno llamaba á la puerta, el otro tomaba su carruaje. El que llegaba era Lionel Murdon, que fue introducido por Cesarina en la habitación donde estaba Susana. Al verle ésta, pareció inmutarse, pero se levantó, corrió hacia él, y tendiéndole la mano,

—¡ Gracias, gracias por haber venido! — exclamó: y volviéndose á Cesarina, le dijo: — Os presento un antiguo amigo, porque aunque hace sólo cuatro años que nos conocimos en Africa, en el Desierto los años pueden contarse dobles. Vos, en cambio, señor Lionel, estrechad la mano de mi querida compañera: ¡ no sabéis todo lo que la debo!

—Entonces seremos buenos amigos, —dijo Lionel tendiendo la mano á Cesarina.

—¿ Cómo habéis llegado tan pronto? No contaba veros hasta mañana.

—Iba á partir para Irlanda con mi padre, cuando recibí vuestro telegrama; mis maletas estaban hechas, mis asuntos arreglados, y partí instantáneamente para Francia.

—¿ No quisieron deteneros, vuestro padre ó vuestro hermano?

—Cuando vieron vuestro telegrama, fueron los primeros en decirme que debía venir.

—¿Me conocen, acaso?

—¡Que si os conocen! Desde mi vuelta no hago más que hablarles de vos, y de tal manera lo hago, que ya os adoran. Sois francesa, lo cual es una recomendación para mi hermano, que se ha casado en París; sois buena, franca, enérgica, y estas cualidades las tiene en mucho mi padre, el hombre de corazón más leal que hay en el mundo... ¡Ah, si quisiérais!...

Y como ella no contestaba y le miraba tristemente, continuaba:

—Si quisieráis, vendrían los dos á Francia á decirnos que, como hermano menor, y un poco desheredado, tengo el derecho de casarme, según mi corazón; que los dos admiten por hija y hermana á una francesa bien educada, y que en nuestras antiguas familias se aprecia más la virtud de la mujer, que la fortuna.

Susana le encontraba tal como le había dejado: tierno, respetuoso, exponiendo sus pensamientos sin rodeos. Y haciendo un esfuerzo para sustraerse al encanto de ciertas ideas, dijo:

—He vacilado mucho; antes de rogaros que viniérais, temía... y no me he engañado, que volviérais con las mismas esperanzas, las mismas pretensiones, y encontraba poco generoso alimentarlas, cuando no pueden, ahora, realizarse.

—¿Qué decís?

—La verdad; jamás han existido más obstáculos entre nosotros.

—¿Cuáles son para tratar de vencerlos?

—Los conoceréis cuando sepáis el servicio que aguardo de vuestra fraternal amistad.

—El hermano os escucha y hará gustoso el sacrificio de su vida.

—Acepto esa oferta sin restricción; pero debo advertiros que el servicio que espero de vos, va á exponeros á serios peligros.

—Mi vida y mi corazón son vuestros, ¡nada temáis!...

\* \* \*

Como jugador, Jorge de Bussine no se había encontrado nunca, ni aun en sus peores días, en situación tan apurada: había perdido, no sólo sus beneficios, sino los veinte mil francos de economías, debiendo además sumas importantes. No renunciaba por esto á la lucha, y volvía todas las noches á probar fortuna, con dos ó tres luises, que sacaba penosamente á derecha é izquierda, no vacilando en rebajarse para procurárselos: un día aprovechando la ausencia de su hija, se atrevió á pedir á la señora Petithomme un billete de mil francos.

—¡Os burláis de mí!— le dijo cruzándose de brazos.—¡Prestaros dinero á vos, habiéndosele negado á vuestro hermano! ¡Y mil francos nada menos! ¿Para qué los queréis?

—Para pagar los gastos de la casa,—baluceó.

—¡Ah, entonces tranquilizáos! Mientras yo viva, no se carecerá de nada en esta casa; cuando se trata de Susana, de mi hija, no soy avara; pero hacer nada por vos... No insistáis, me haríais decir todo lo que tengo sobre el corazón y es inútil, ¿no me comprenderíais!

Volvió bruscamente la espalda, y se reunió á Susana, que entraba.

Jorge trataba de olvidar estos desaires, embriagado en su pasión por Fatmah; ésta absorbía por completo su vida, olvidando todo lo demás.

La circasiana no lo desatendía en su mala fortuna; continuaba viéndola todos los días, excitando siempre su pasión.

Ya no hablaba de su partida. Decía que Mourad no había tenido valor para separarse de ella,

y que, por el contrario, á la idea de perderla, habíase vuelto más enamorado que nunca, consagrándole casi todas las noches.

Y después de estas conferencias, que excitaban los celos de Jorge, añadía suspirando:

—Yo he querido, quiero aún...

—Pues bien, apresuráos.

Y se retiraba, dirigiéndole miradas ardientes, entreabriendo los labios para sonreírle con voluptuosidad... Pero si él, como en otro tiempo, intentaba dar un paso hacia ella, tornábase fría, insensible, y le detenia con altanera mirada.

Un día, á las cuatro, Fatmah acababa de salir del estudio, y Jorge agitado, se paseaba pensando siempre en buscar un nuevo recurso que le permitiera jugar, con seguridad de ganar, cuando el criado le anunció que un desconocido deseaba verle.

Dió orden de que pasara, y se encontró en presencia de uno de sus consocios del Círculo, encargado por Sivasti, el Agente de Mourad, de una misión delicada.

—¡Vos!— dijo Jorge asombrado.—¿Qué me proporciona el honor de vuestra visita? ¿Venís á comprarme algún cuadro? Lo siento; he vendido anteayer el último estudio que he traído de África.

—Para jugar por la noche su valor, ¿no es verdad?— preguntó el señor N...

—Cierto; á vos, que sois jugador como yo, lo puedo confesar; pero vos ganáis, mientras que yo...

—¡Oh! Yo perdía, como vos, hasta el día en que he visto claro en cierto terreno...

—¿En qué terreno? No comprendo...

—Precisamente he venido para haceros comprender. ¿Estamos solos?— dijo señalando el biombo que había en un rincón.

—Enteramente solos,— dijo Bussine, apresu-

rándose á recoger el biombo y apoyarle contra la pared.

—Mi querido amigo,— dijo el señor X... cuando Jorge se le reunió;— sois mi colega desde hace algún tiempo, y os veo con tanta frecuencia jugar y perder, que habéis acabado por inspirarme verdadera simpatía.

Jorge le tendió su mano, y el señor X... continuó:

—He recordado que hace diez años, y después de una serie de pérdidas consecutivas, fui salvado, gracias á los informes, á consejos inteligentes... Yo quiero hoy hacer por vos, lo que entonces hicieron por mí.

—Muchas gracias, prosigo sin comprender...

—Es natural. Vinieron á decirme simplemente que perdía mi dinero en jugadas seguras, y que en vez de ganarme, me robaban.

—¿Qué os robaban?

—Sí. ¿No habéis oído hablar de esos jugadores sagaces que se llaman *griegos*?

—Sí, tal.

—Pues bien. Se habían introducido varios en el Club que yo frecuentaba entonces, y en vez de jugar con hombres honrados, jugaba con escamoteadores.

—¿Y qué hicisteis? ¿Dejasteis de jugar?...

—No, por cierto; empecé por pedir informes de mis ladrones. Lo hizo la persona que me dió el aviso, y después hizo más; se tomó el trabajo de enterarme de todos los secretos del arte, que estudiaba hacia tiempo, y me enseñó, con las cartas en la mano, todas las trampas de los *fulleros*.

—¿Y de qué os sirvieron, puesto que habéis continuado jugando?

—Es que yo he jugado á la ligera contra todo el mundo: he elegido mis adversarios. Cuando un *banquero* me parece sospechoso, me abstengo, y

no juego más que con aquellas personas que me merecen completa estimación; de este modo, lo que perdía un día, estaba dispuesto á ganarlo al siguiente, entreteniendo mi afición sin grandes pérdidas ni grandes beneficios.

—¿Y para qué me contáis todo eso? ¿Pensáis que á mí me roban como os robaban á vos?

—Precisamente.

—¿Quién?

—Dos ó tres personas, que os pido permiso para no nombrar. Yo no he venido á denunciar á nadie, sino á daros un aviso que os puede ser útil.

—Es que si yo supiera los nombres de los que me han robado... si conociera á esos miserables...

—¿Qué haríais? ¿Creéis que os devolverían vuestro dinero? ¡Dios sabe á dónde habrá ido á parar! Y se creerían insultados, gritarían más fuerte que vos, daríais un escándalo inútil, y me parece mejor que hagáis lo que hice yo: observar...

—Aunque observara mucho, no vería nada. El año pasado hice un viaje por mar con el señor G... ¿le conocéis?

—Mucho, — dijo el señor X..., palideciendo.

—Pues bien, — añadió Jorge, — para distraernos á bordo, accedí á jugar á las cartas con nosotros, y nos decía: — Mirad bien: ahora introduzco una carta: ahora hago desaparecer otra... — mirábamos, y en vano: ¡no veíamos nada!

—Porque no explicaba el secreto, los medios de que se valía. Mi amigo, por el contrario, me explicaba prácticamente lo que se hacía, me hacía repetir la operación, y al cabo de corto tiempo yo sabía deslizar una carta con tanta facilidad como él.

—¡Ah! ¿vos sabéis?... — repuso Jorge mirándole con inquietud.

—¿Por qué no lo he de confesar? Y soy tanto más digno de alabanza, cuanto que sabiendo arreglar las cartas, juego honradamente. No os digo que alguna vez no he tenido una mala tentación y me he dicho: — Después de haberme dejado robar diez años, tengo el derecho de rehabilitar mi fortuna, cuando me es tan fácil...

—¡Si es tan fácil como vos decís!...

—Facilísimo; enviad á buscar una baraja.

—Es inútil; la tengo aquí.

—Dádmela: voy á demostraros cómo fuisteis desplumado la noche de vuestra gran pérdida, ya sabéis...

—Imposible: yo tallaba.

—¡No importa, hombre cándido! Se deslizaban en vuestro juego jugadas contrarias, que debían hacer ganar á los puntos y perder al *banquero*.

—¡Qué infamia!

—No gritéis, es inútil; aprended, y pronto no tendréis que temer.

—Veamos, — repuso Jorge dominado por la curiosidad.

## IX

Mourad, deseaba vivamente complacer á Susana, introducirse si era posible en su intimidad, y para ello le daba ocasión el encargo que le había hecho.

Desde el día siguiente se puso en campaña, tratando de ver á las personas que pudieran hacer algo por Luciano Lecoste.

Todas le recibieron perfectamente, pero le dijeron que pedía un imposible.

—Si se tratara sólo,—le dijeron en el Ministerio,—de indultar de una parte de la condena á un penado, lo propondría, y el Ministro lo firmaría por complaceros; pero vuestro protegido está en un caso excepcional, y es imposible hacer nada en su favor.

Mourad no se dió por vencido, y como tenía gran interés en complacer á la señorita de Bussine, quiso ensayar la corrupción; pero la Administración francesa es de una rara probidad, y si á veces se produce una excepción, no hace más que confirmar la regla. A veces, suele ceder á altas influencias femeninas; pero si otorga al amor ciertos favores, no los vende jamás.

Las tentativas corruptoras de Mourad fracasaron, pues, sin indignar siquiera á las personas á quien las hizo, y que se contentaron con suponer que aquel extranjero desconocía las costumbres del país en que vivía.

Cuando se hubo convencido de su completa derrota, tuvo necesidad de dar parte á Susana. Dirigióse, pues, un día á su casa, un tanto confuso por no haber podido salir airoso de su empeño, pero consolándose con la idea de pasar algunos instantes al lado de la mujer que amaba.

Susana se encontraba sola cuando Mourad entró. Su padre, no contento con pasar las noches fuera de casa, hacía cortas estancias en su estudio, y la señora Petithomme se había visto obligada á ir á la estación de Lión para esperar á su marido que llegaba de Melun.

Susana se preguntó si era conveniente recibir á Mourad, pero en la situación en que se hallaba, sin madre, casi abandonada por su padre, ¿podía sujetarse á las conveniencias sociales que observan otras mujeres? Su buen sentido le dijo que estaba exenta de observar ciertos miramientos.

Hizo, pues, pasar al árabe, y sin invitarle siquiera á sentarse, como para indicarle que se trataba de una corta visita, le dijo:

—Y bien, no habéis salido airoso, ¿no es verdad?

—¡No! lo he intentando todo, pero en vano.

—No os había ocultado que encontraríais obstáculos.

—Puedo aseguraros que he hecho todo lo posible...

—¿De modo que no me traéis esperanza ninguna?

—Ninguna; y cuando no lo he conseguido yo, no lo conseguirá nadie...

—Creo lo mismo, y esto me consolará de vuestra derrota; preveía el resultado, pero debía intentar este último recurso; os quedo tan agradecida como si hubieráis salido victorioso.

Y puso sus manos entre las de Mourad, como para manifestarle su gratitud, pero éste las guardó entre las suyas, y como si asombrada la niña tratara de desprenderse de aquella presión, le dijo:

—¡Si supieras qué dichoso soy al estrechar estas manos! ¡Sois tan linda, tan hermosa, os amo tanto!...

—¡Oh, caballero!—dijo la niña asombrada y turbada.—¿Qué hacéis? ¡soltad mis manos, atrevido!

—Oid,—prosiguió Mourad;—desde que os vi, producísteis en mí una impresión indecible, mi corazón os pertenece; por una de vuestras miradas, daría cuanto poseo; dejad que bese vuestras lindas manos, y disponed de mí, soy vuestro esclavo.

—Caballero,—contestó Susana encolerizada;—en mi país no se habla así á una joven de mi rango; soltad mis manos, pues al colocarlas entre

las vuestras, creía estrechar las de un caballero.

—¡Vuestra indignación os hace aún más bella, os adoro! ¡No esperéis que suelte vuestras manos.

—¡Oh! ¡qué infamia!—exclamó Susana, presa de viva emoción.—¡Dejadme libre, ó llamo!

—Nadie vendrá,—contestó Mourad tratando de estrecharla en sus brazos.

Susana se creyó perdida, y haciendo un esfuerzo supremo, se desprendió de los brazos que la atenazaban, gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

De pronto oyó pasos en la escalera.

—¡Ah! vienen,—exclamó radiante de alegría.

Mourad tuvo miedo, y se alejó.

La puerta se abrió, apareciendo en el umbral Cornelio Petithomme.

Susana, señalando al arabe con la mano, dijo:

—Haced salir á ese hombre, me ha insultado.

El coloso, sin discutir la orden, sujetó á Mourad por el cuello, le llevó hacia la escalera, y en la puerta, le dijo:

—¡Largo de aquí, villano!

Mourad, comprendiendo que la lucha era inútil, se apresuró á obedecer, y cuando salía, tropezó con la señora Petithomme, la cual, viendo á su marido, exclamó:

—No cierres, ya podía yo buscarte en la estación. ¿Has venido en otro tren?

—Sí, en el anterior.

—¡Pareces alterado! ¿Qué ha sucedido?

—Sube, y lo sabrás.

Cesarina subió los peldaños de cuatro en cuatro.

Susana, ya respuesta y tranquila, al verse rodeada de sus amigos, refirió lo que acababa de suceder.

—¿Por qué no le has matado?—dijo Cesarina volviéndose á su marido.

—No me lo ha mandado,—contestó tranquilamente el coloso.

En aquel momento un carruaje se detuvo delante de la puerta.

—Es el señor Murdon,—dijo Susana,—ni una palabra de lo ocurrido, amigos míos: nos hemos ocupado demasiado de un ser despreciable... no pensemos ya más que en el desgraciado encarcelado.

Después de saludarle Susana preguntó á Lionel el resultado de sus gestiones y éste refirió que nada había conseguido, y que, por lo tanto, debían trabajar solos para dar libertad al mártir.

—¿Puedo contar con vuestro concurso Cornelio?—preguntó Susana.

—Haré lo que mi mujer quiera,—contestó Petithomme.

—Respondo de mi marido,—dijo Cesarina con orgullosa satisfacción.

—Gracias, gracias, amigos míos,—exclamó Susana hondamente conmovida.—¡Ahora sólo nos queda discutir nuestro plan!

Pocas horas después, Mourad contaba á Sivasiti, su confidente, la escena con Susana, y concluyó diciendo:

—Su desdén, su altivez, ha convertido mi capricho en pasión; ¡quiero á todo trance que esa mujer sea mía!

—Nada puedo en ese asunto,—dijo Sivasiti con calma:—he hecho cuanto he podido para que cayese bajo tu dominio, y á poco tiempo que Fatmah continúe su papel, Jorge es hombre perdido! ¿Y Fatmah, sigue obedeciéndote?

—Sí, pero me cansa con su amor y sus celos.

—¡Sé prudente, Mourad!—Las circasianas, que son de antigua raza, entienden bien la ven-

ganza; ¡desconfía de ella!... ¡vive en guardia!

—Fatmah me es indiferente,—contestó Mourad, encendiendo un cigarro.—¡Mi corazón tan sólo se dilata pensando en la imagen de mis sueños, en Susana de Bussine!

---

## CUARTA PARTE

### I



DESPUÉS de su sentencia; Luciano Lecomte, conducido de nuevo á la Casa Central, fué encerrado en su antigua celda; pero al día siguiente el Director le hizo llamar.

—¡Pobre Lecomte!—le dijo,—no habéis tenido ayer fortuna, ¡yo había creído que saldríais absuelto!

—Habéis hecho cuanto estaba en vuestra mano, y quedo profundamente agradecido al interés que me habéis manifestado.

—No tenéis nada que agradecerme, obraba según mi conciencia: si un momento he podido dudar de vos, después de observar á los testigos que se han presentado en contra, y de observar á vos, ya no dudo; por desgracia, los jurados, no tienen costumbre de estudiar á los criminales, y no pueden, como yo, leer en la cara de cualquiera de ellos sin temor de equivocarse. La hipocresía de Brazier y de Sagot, en vez de indignarles, les han convencido. Hecha esta declaración, tengo que ser para vos lo que he sido antes. Aún tenéis que pasar aquí dos años para extin-